

Legg: Jacquetta 1^a

637

~~10-11~~

41

TEMA NUM. 37.

¿Hay puntos de semejanza entre el dogmatismo y el metodismo?

DISCURSO

PRONUNCIADO

ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUGIA

DON MANUEL IGLESIAS Y DIAZ

en el acto solemne de recibir la investidura

DE DOCTOR EN LA MISMA FACULTAD,

el día 12 de Octubre de 1860.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. VICENTE,

calle de Preciados, número 74.

1860.

U/Bc LEG 8-1 nº637 HTCA



1>0 0 0 0 2 8 7 0 6 8

UVA. BHSC. LEG 08-1 nº0637

TRINIDAD, JUN 27

Comunicación de la Secretaría de la Universidad Central

DISCURSO

PROVINCIAL

EN EL CLASISTO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DEL AÑO 1880

CON MANIFIESTO DE LOS ALUMNOS Y MAESTROS

DEL AÑO 1880

DE DON JUAN PABLO VILLALBA

El día 12 de Octubre de 1880



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE A. MONTES

En la calle de San Mateo, número 12

1880

Excmo. é Ilmo. Sr.:

I.

El instinto de conservacion y los impulsos de la caridad fueron el origen de la Medicina; la necesidad, que no el lujo ni la depravacion de las costumbres, impulsó al hombre, muy luego de haber faltado á los preceptos que le impusiera su divino Criador, á buscar los medios que mitigaran sus dolores y previnieran ó aliviaran sus frecuentes padecimientos. Por esto la Medicina nació casi con el mundo, y aunque las densas tinieblas de tantos siglos nos oscurezcan su cuna, es muy verosímil que su infancia fuese larga y sus adelantos marchasen á mesurado paso, sin conocer más razon de existencia que la observacion, y no pocas veces el acaso.

Los enfermos mismos y las personas que les rodeaban cultivaron la Medicina en los tiempos primitivos, así como en la época más atrasada de las so-

ciudades ; los poetas cantaron más tarde el arte benéfico que prolonga la vida , apacigua el dolor , y restituye con la salud la suma de felicidad que nos es lícito gozar durante nuestra efímera existencia sobre la tierra : los héroes curaron los heridos en los combates , y los sacerdotes de los templos de Esculapio tuvieron vinculadas las prácticas médicas por más de setecientos años despues de la destruccion de Troya. Pero los que en épocas tan remotas desempeñaron el ministerio médico , no eran en definitiva más que meros empíricos que observaban fenómenos y ensayaban remedios , anotando á veces los efectos de estos , y utilizando siempre el recurso nada fácil de la analogía. Con tales datos no podia ser la Medicina más que una coleccion informe de síntomas y remedios , un arte sobradamente incompleto , y á veces un tejido de prácticas misteriosas , tan impenetrables para nosotros como lo fueron en general para los que respiraron la atmósfera de tan atrasados siglos.

Llegó , por fortuna , el período más brillante de la civilizacion griega ; y en el floreciente siglo de Pericles aparecieron talentos distinguidos , que impulsados por el irresistible deseo de averiguar las causas primeras de las cosas y la relacion que ligase los variados fenómenos de la naturaleza , crearon la filosofía y divisaron los primeros albores de la ciencia.

Profesábase la Medicina en dos célebres escuelas de Grecia , los templos de Gnido y Cos ; pero muy luego el genio y fama de los sacerdotes de éste vinieron á eclipsar para siempre la gloria de los de Gnido , que habian escitado su emulacion y contribuido , si-

quiera fuese indirectamente, á su inmortal prestigio. La escuela de Cos contaba en su seno capacidades eminentes, Asclepiades distinguidos, entre los cuales brilló Hipócrates, considerado como una verdadera antorcha para la Medicina, que sumida en la oscura y tenebrosa noche de la ignorancia, empezaba á ser iluminada por la estrella resplandeciente de la filosofía. Aplicóse el espíritu filosófico, que á la sazón reinaba, al estudio de todos los actos de la vida; se empezaron á generalizar los fenómenos de nuestra naturaleza; tratóse de explicar sus causas, y así se establecieron los primeros dogmas de la ciencia, así se labraron los cimientos del primer sistema médico.

Empero la fundacion de las bibliotecas de Alejandría y Pérgamo, uno de los acontecimientos más grandes que nos ha trasmitido la historia, imprimió tal impulsión, actividad tan rápida á los espíritus, que no tardó en dar ópimos y sazonados frutos el árbol frondoso que en un período no muy lejano representaba ya la sabiduría humana. La ciencia del hombre se enriqueció con nuevos adelantos; las doctrinas médicas tomaron raudo vuelo y estension creciente; las opiniones de la escuela de Cos fueron amplificadas y perfeccionadas por algunos, si bien otros juzgaron que esas teorías eran altamente equivocadas ó erróneas, é intentaron destruir el primer edificio de la ciencia, para levantarlo sobre fundamentos más sólidos.

Surgieron en consecuencia las más contradictorias esplicaciones de los fenómenos de la vida, las teorías

más opuestas de los mismos; y refiriéndose estas á principios generales muy diferentes, se hallaron formados los tres sistemas médicos, que se han distinguido con los nombres de dogmatismo, metodismo y empirismo. Estos sistemas empezaron á reinar en la ciencia en el período llamado anatómico de nuestra historia, y desde entonces han sido otras tantas banderas izadas en el campo filosófico de la Medicina, á que han venido afiliándose los médicos de todas las épocas, y de donde han tomado sus principios las diferentes sectas que se han disputado el feraz terreno del estudio del hombre.

Confiando en que no se ocultará á la ilustracion del Claústro y al buen juicio del respetable auditorio que me honra, cuán apurada sea mi posicion en este venerando santuario de las ciencias y de las letras, y cuánta debe ser mi confianza en ser oido con benignidad y juzgado con indulgencia, me permitiré, alentado con tales esperanzas, hacer algunas reflexiones para inquirir *si hay puntos de semejanza entre el dogmatismo y el metodismo*, ocupándome antes en una sucinta reseña de los principios de ambos sistemas, sin lo cual no podria llevar á cabo el objeto que me propongo.

II.

Por la necesidad que tienen las ciencias de buscar el lazo invisible que une todas las partes de su doctrina y las refiere á principios generales, últimas abstracciones á que llegamos en virtud de sucesivas com-

paraciones, puede demostrarse suficientemente que sin un sistema no puede existir la ciencia, y que los que tanto han declamado en todos tiempos contra ellos, acusándoles de ser un tejido de errores y la rémora más perenne del progreso, han dejado la ciencia estacionaria, ó han faltado á su propósito para obedecer á la irresistible inclinacion que impele al hombre á explicar aquellos fenómenos que de algun modo pueden llegar á afectar cualquiera de sus sentidos. Y en efecto, ¿qué son los sistemas en Medicina sino teorías generales de las leyes y del mecanismo de la vida, que nos llevan al establecimiento de un corto número de principios, á que referir podamos todos los fenómenos que en el hombre se verifican, ora en el estado de salud, ora en el de enfermedad?

Esta es la razon, Excmo. Sr., de que consideremos el estudio de los sistemas, no como asunto de mera curiosidad ó de utilidad secundaria, que á lo más pudiera interesar al erudito ó al que se sintiera inclinado á la literatura médica, sino como un objeto de imprescindible necesidad para todo el que se dedica á la ciencia del hombre, por ser una verdad sancionada por la historia que todos los sistemas patológicos siempre han refluído sobre la terapéutica, objeto final de nuestra ciencia.

Manifestado ya el derecho que los sistemas tienen á merecer nuestra atencion especialísima, ocupémosnos del más antiguo que en sus anales registra la historia de la Medicina, del primero que se esforzó en elevarla á la categoría de ciencia, del *dogmatismo*, en fin, así llamado, segun quieren algunos, por encer-

rar los dogmas más antiguos que en ella se han establecido.

En el monumento literario más celebrado y más encomiado de uno de los florecientes períodos de la historia científica de los griegos, en la colección hipocrática, hallamos ya establecidos los fundamentos de la escuela dogmática; y por lo tanto, los maestros de la escuela de Cos, y principalmente Hipócrates, son con razón considerados como los inventores de dicha escuela. Platon y Aristóteles, lumbreras esplendentes en el horizonte filosófico de la época en que vivieron, y luego tan influyentes en la marcha del pensamiento humano, amplificaron y sostuvieron con la fama de su autoridad y el crédito de su doctrina el sistema de que tratamos; los primeros maestros de la escuela de Alejandría, Herófilo y Erasistrato, siguieron en el espíritu y en la letra los dogmas que les legaron los Asclepiades de Cos; y por fin, Claudio Galeno, el fecundo y erudito escritor, el hábil y distinguido médico de Pérgamo, el que tiene la arrogancia de declarar que no esclaviza su inteligencia ninguna de las doctrinas dominantes en sus tiempos, admite y á lo sumo amplifica las opiniones médicas de Hipócrates, ofreciendo á la consideración de los siglos el código de principios que colectivamente se comprenden en el sistema de los dogmáticos.

Reconocian las doctrinas de la escuela de Cos un origen filosófico, porque la Medicina, como todas las ciencias, ha marchado siempre en su progresivo desarrollo en la mas perfecta armonía con el espíritu y el desenvolvimiento de su madre comun, la filosofía;

y si bien es cierto que no pueden uniformarse en un todo las opiniones asentadas en los escritos hipocráticos, no puede ocultarse que se hallan ligadas por las analogías más íntimas con los principios que profesó el filósofo de Crotona, el creador del espiritualismo, el inmortal Pitágoras; lo cual es tan evidente, que nos será fácil encontrar razones con que probar cumplidamente nuestro aserto.

Los filósofos que seguían las doctrinas de Pitágoras veían el universo poblado de principios activos é inteligentes, que con un determinado objeto y un fin preconcebido animaban y gobernaban todos los seres de la naturaleza, proclamando además la existencia de un principio supremo que dirigía el conjunto, armonizaba cada una de sus partes, y las encaminaba al cumplimiento del destino último, ó fin para que el mundo había sido creado. Ahora bien: en el libro del *Alimento* de Hipócrates, y en otros del mismo autor, se halla consignado un pensamiento muy parecido al que acabamos de enunciar, y que pone de relieve los vínculos estrechos que unen el sistema médico de los dogmáticos con el filosófico de los pitagóricos: dicese en el escrito á que aludimos que en el hombre hay un principio simple en su esencia, múltiple en sus efectos, que presidiendo á toda la economía y recibiendo la acción de los agentes contrarios, es la causa de la vida general y de la que es inherente á cada una de las partes. Pero si bien este concepto, que tanta semejanza tiene con el fundamento del vitalismo ó hipocratismo moderno, puede decirse que es el dogma característico de las teorías de la escuela de

Cos, no resume sin embargo todo su sistema; y este es el motivo que nos obliga á esponer más detalladamente sus doctrinas.

La teoría que más domina en los escritos hipocráticos, la que forma la base del sistema, y de seguro la más trascendental é importante de todas, es la que se ocupa de la *coccion* y de las *crisis*, que, ya sola, ya unida á la teoría de los cuatro elementos y de los cuatro humores, formaba la piedra angular del dogmatismo antiguo, y encerraba los principios que podian esplicar todos los actos vitales, revelándonos el modo como entonces le comprendian. Creian ver en las enfermedades las señales de una lucha entablada entre el agente morboso y un principio inmaterial residente en el hombre vivo: este principio, designado con las variadas denominaciones de *naturalexia*, *motor*, *impetum faciens*, y otros análogos, no era en definitiva más que la fuerza ó principio vital en un todo diferente de las fuerzas que gobiernan la materia inorgánica, y al que suponian dotado de varios atributos ó facultades, prueba segura de la espontaneidad de esa fuerza oculta, primero formadora, siempre con tendencias conservadoras, y en el estado enfermo con designios curativos. Así vinieron los dogmáticos á admitir la fuerza medicatriz que ha dado pábulo á las más interminables discusiones.

Los síntomas eran mirados como fenómenos que nos indican los esfuerzos de ese principio inmaterial para la elaboracion íntima del agente morboso, que en períodos determinados experimenta la modifica-

cion necesaria para ser asimilado, ó bien para ser espelido de la economía, sirviéndole de vehículo alguno de los cuatro humores que admitian en el organismo humano. Cuando se halla próxima la época de la madurez del agente morboso, suponian los dogmáticos que la naturaleza redoblaba sus esfuerzos, subian de punto algunos de los síntomas que venian observándose, ó se presentaban fenómenos insólitos de alta importancia en la terminacion de la dolencia; todo lo cual constituia un cambio notable, una especie de revolucion orgánica más ó menos visible, una escena tan llena de vida é interés, que era el desenlace del drama patológico, el fin de la enfermedad. La sucesion de todos los actos y fenómenos que vamos enumerando era lo que venian á espresar los dogmáticos con las palabras coccion, crisis, fenómenos y dias críticos: estas eran las bases principales de su sistema, y no ha sido otro el origen de los principios patológicos de las escuelas vitalistas.

Otra teoría que viene á completar y perfeccionar la de la coccion y de la crisis, es la de los cuatro elementos y de los cuatro humores. No era en verdad el jefe del dogmatismo el inventor de la teoría de los cuatro elementos, como equivocadamente han asentado algunos de sus comentadores, puesto que ya en época muy anterior el filósofo de Agrigento, Empédocles, habia esplicado la formacion y diferencia de todos los cuerpos de la naturaleza por la varia combinacion de los cuatro elementos que él reconocia; pero es lo cierto que el médico de Cos hizo aplicacion de ese principio al estudio de los fenómenos vi-

tales, y que la admision de lo cálido, lo frío, lo seco y lo húmedo tuvo buena parte en la esplicacion de los hechos biológicos. Galeno admitió y amplificó más tarde esta misma doctrina, llegando á fundar sobre ella su teoría de los temperamentos.

Cuatro humores cardinales admitian los dogmáticos en la composicion del organismo humano: sangre, bílis, atrabílis y pituita, que se diferenciaban entre sí por propiedades y caractéres especiales, desempeñando un importante papel en todos los fenómenos orgánicos. Creian que la salud era el resultado de las buenas condiciones de los elementos y de los humores del cuerpo, debiendo aquellos encontrarse en la proporcion exacta, y estos en la perfecta mezcla que producía lo que se llamaba su buena *crásis*; pero si alguno de los cuatro elementos se hallaba en esceso, engendraba algun humor mal elaborado ó muy abundante, que era considerado como la causa próxima de las enfermedades.

Por más de un concepto es notable la etiologia de los dogmáticos, que es la misma que consigna la coleccion hipocrática. Desechaba Hipócrates las preocupaciones que existian acerca de las causas misteriosas ó sobrenaturales, y admitia solo la influencia de los agentes de la naturaleza; por esto atribuyó la produccion de las enfermedades á las estaciones, á la temperatura, á las cualidades de las aguas, á las diversas condiciones de las localidades, á la alimentacion particular de cada hombre, y á los ejercicios variados á que cada uno se dedicaba.

El principio fundamental de la terapéutica de los

dogmáticos fué tambien establecido por Hipócrates, al manifestar que las enfermedades se curan en general mediante el empleo de los medios contrarios á la naturaleza de las mismas; pero si esto es cierto del modo como lo hemos espresado, es tambien indudable que en determinadas ocasiones prescribieron remedios perturbadores y modificadores de accion semejante á la esencia de los padecimientos.

Estos son, en resúmen, los principios que profesaron los dogmáticos antiguos. Si la índole de este trabajo nos lo permitiera, entrariamos gustosos en más pormenores acerca de cada uno de sus dogmas; pero no siendo esto posible, cúmplenos ya hacer el exámen del sistema de los metódicos.

III.

A un hombre de raro talento, fácil elocucion y audacia poco comun, educado en la escuela de los sofistas griegos, y altamente reputado como retórico y gramático; que abandonó su país natal, la ciudad de Bithynia, halagado por los placeres con que convidaba la ciudad Señora del mundo, cerca de siglo y medio antes de nuestra era, á los filósofos, sabios, literatos, artistas y á todos los hombres más notables del mundo conocido; en fin, á Asclepiades se deben los primeros fundamentos del metodismo. Él fué el que labró los cimientos del sistema, que si fugazmente ocupó el horizonte de la ciencia, dejó en su historia brillantes resplandores, que en diversas épocas

iluminaron la mente de médicos por más de un título notables, que hicieron vanos esfuerzos por rejuvenecer un sistema acogido primeramente con entusiasmo, y que bien pronto llegó á la cima de su descrédito. Thémison de Laodicea, siguiendo las huellas de Asclepiades, concluyó el edificio que éste habia comenzado, y la medicina de los metodistas se encontró levantada á la altura de sistema, que contó entre sus prosélitos á Celio Aureliano, Soranus de Éfeso, Thesalo de Tralles, y algunos otros mucho menos notables.

Empezó Asclepiades admitiendo una doctrina filosófica que estaba muy distante de las ideas comunes, y que ya Epicuro habia tratado de introducir en la esplicacion de los fenómenos de la naturaleza: era la filosofía, poco estudiada ó mal comprendida, de Leucippo y Demócrito, que fué muy luego abrazada por los romanos, enervados á la sazón por el sensualismo más grosero. En esta filosofía se consideraba la formación del universo como un efecto del choque fortuito ó casual de los átomos; se pretendia explicar todos los fenómenos de la naturaleza sin recurrir á la intervencion de ningun principio inteligente; el mundo todo y cada ser en particular existian por una consecuencia necesaria de las leyes eternas de la materia; y en fin, se negaba ó hacia befa de las opiniones admitidas acerca de las causas finales.

Seducido el jefe de la escuela de los metódicos por la simplicidad de dicha doctrina filosófica, la aceptó en todas sus partes, y de ella hizo aplicacion al estudio del hombre. Este, decia, se halla constituido por

la reunion accidental de los átomos , que afectando una forma determinada , se encuentran dotados de movimientos, ya regulares, ya desordenados; entre estos átomos admitia espacios vacíos ó poros, al través de los cuales pasaban y repasaban constantemente los átomos en virtud de una fuerza de movimiento que les era inherente. La salud era para los metódicos la consecuencia de la exacta relacion de forma y de volúmen entre los corpúsculos atomísticos y las aberturas que les permiten libre paso; desechaban la fuerza vital, y en general todas las fuerzas ocultas de los peripatéticos; pero esplicaban los actos de los seres vivos, segun se ve en los escritos de Celio Aureliano, tan bien interpretados por Dezeimeris, en virtud de una propiedad de la materia organizada llamada tono ó tonicidad, que modificaba su accion segun la diferente estructura de los órganos ó tejidos. Esta tonicidad la consideraban sostenida de un lado por la accion de los agentes exteriores, cuyas modificaciones naturales ó artificiales hacian variar el estado de los órganos; y en otro concepto por las relaciones activas que se ejercen incesantemente entre todos los componentes de nuestro organismo.

Los principios patológicos de los metódicos pertenecen muy especialmente á Thémison de Laodicea, que casi puede considerarse el inventor de los mismos, así como es de Celio Aureliano el mérito de habernos trasmitido en toda su pureza esos mismos principios, que vamos á manifestar. Para el corifeo del metodismo consistian las enfermedades en la modificacion material de las diversas partes de la econo-

mía humana, producida ya por el aumento, bien por la disminucion de la propiedad llamada tonicidad, de que todas ellas se encuentran naturalmente dotadas. Si la tonicidad se aumentaba en un punto determinado por cima del grado conveniente para el ejercicio normal de sus funciones, decian que se estrechaba el calibre de los poros, quedaban retenidos los fluidos del organismo, y se presentaba tumefaccion y tension en el sitio afecto de esa modificacion patológica, que daba lugar á las enfermedades pertenecientes al género *strictum*. Por el contrario, hallándose deficiente la propiedad activa de la materia, los poros se dilataban, los fluidos corrian al exterior, produciéndose pérdidas en el organismo, que le debilitaban y disminuian el volúmen y consistencia de sus partes: el padecimiento de tal naturaleza era calificado con el nombre de *laxum*, y representaba una alteracion en un todo diferente de la que correspondia al género *strictum*. Admitian, en fin, un tercer género de enfermedades para comprender aquel estado del organismo en que se veia tumefaccion y retencion de fluidos en un punto, mientras que en otro órgano ó tejido se ofrecia la modificacion opuesta; y á esta alteracion complexa en que se manifestaban los fenómenos del *strictum* y del *laxum* en partes diferentes de nuestra economía, la decoraban con la calificacion de *mixtum*.

Tales principios patológicos les llevaron á considerar la naturaleza como desprovista de toda espontaneidad, y á mirar la fuerza vital como enteramente pasiva en los actos de nuestra vida. Por esto no la

atribuyeron ninguna reaccion, ni mucho menos quisieron suponerla con las tendencias benéficas ó favorables de que la dotaron los dogmáticos: y como en realidad fueron los metódicos los primeros solidistas puros de que la historia nos habla, no nos estraña que negasen la coccion hipocrática, y que calificasen de quimérica la teoría en que se apoyaba, pues así eran consecuentes con las opiniones que proclamaban. Burláronse de las ideas de Hipócrates acerca de las *crisis*, y les pareció ridículo el tener la paciencia de observar la naturaleza para ayudarla, favorecer sus tendencias ó suplir su impotencia, porque decian que esto era una *meditacion sobre la muerte*: tampoco admitieron los dias críticos, pues, segun ellos, ni las enfermedades tienen períodos fijos, ni los cambios que sobrevienen en su curso se verifican en épocas determinadas. Establecieron, por último, que la naturaleza era siempre más perjudicial que útil en el curso de las dolencias, y así vinieron á dar en tierra con la fuerza medicatriz, tan decantada por los fieles secuaces del hipocratismo.

Al estudiar las causas de las enfermedades, tenian la pretension de hacerlo de un modo filosófico, único modo de librarse, segun decian, de las entidades de los aristotélicos y de los absurdos del galenismo. Los modificadores de la economía que, segun los metódicos, podian producir las enfermedades, eran los mismos que servian al sostenimiento de la salud y de la vida; creyeron que las causas patogénicas obraban en razon de su naturaleza y del estado de los órganos que recibian su influencia; negaron la existencia de

las causas específicas, y fijaron muy especialmente su atención en aquellas sustancias que, como los venenos y cuerpos extraños, permanecían mucho tiempo en contacto de nuestros tejidos, obrando de continuo sobre ellos y produciendo las más graves alteraciones.

La terapéutica de los metódicos consistía en emplear medios contrarios á la índole del padecimiento que se proponían curar; motivo por el cual dieron bastante importancia á lo que ellos comprendían por naturaleza de las enfermedades. Si las partes del cuerpo humano presentaban los síntomas correspondientes al género *strictum*, prescribían los medios necesarios para producir en ellas la relajación; si eran afectadas de padecimientos del género *laxum*, valíanse de los remedios apropiados para constriñir los tejidos que sufrían tal modificación morbosa. Por esto establecieron las indicaciones ó conveniencias curativas del género *strictum* y del género *laxum*, á que algunos agregaron posteriormente la profiláctica y la quirúrgica.

IV.

Ya que hemos reseñado los principios fundamentales de los sistemas metódico y dogmático; una vez que conocemos lo que esencialmente les constituye, ha llegado el caso de hacer entre ellos la comparación necesaria para dilucidar, con más probabilidades de acierto, el tema que es objeto de este humilde trabajo.

¿Hay paridad entre los sistemas de Hipócrates y

Asclepiades, de Galeno y Thémison? ¿Pueden marcarse semejanzas en sus principios, ó son estos esencialmente diferentes? Fácil nos será contestar á estas preguntas, recordando antes la acepcion verdadera de la palabra *sistema*, que en Medicina solo debe aplicarse para comprender teorías generales de las leyes y del mecanismo de la vida, por cuyo medio puedan referirse á un corto número de principios, tal vez á uno solo, tanto los fenómenos que se verifican en el estado de salud, como los que tienen lugar en el de enfermedad.

El dogmatismo y metodismo cuentan con esas teorías generales, con los principios fundamentales que les esplican todos los actos de la vida; reúnen pues las condiciones de los sistemas, pero conócenseles con denominaciones diversas; y esto solo ya nos hace pensar que habrá por lo menos algunas diferencias en sus principios. Veamos si así es en efecto.

Ambos sistemas se hallan cimentados en una doctrina filosófica: el dogmatismo, en la filosofía de Pitágoras; el metodismo, en la de Demócrito y Leucippo; la primera es espiritualista, la segunda eminentemente materialista; y como los principios médicos guardan la más íntima analogía con las opiniones filosóficas en que se apoyan, dicho se está que habrá en Medicina tanta distancia entre Hipócrates y Thémison, cuanta exista en filosofía entre Pitágoras y Demócrito.

Vemos en el sistema de los dogmáticos un principio que es el cimiento de su edificio médico, y que domina todo el conjunto de su doctrina; refiéro-

me al *impetum faciens*, ó para decirlo en términos mas conocidos, á la fuerza vital, que es el agente, la causa próxima de todos los actos de los seres vivos. Sostiene y dirige la fuerza vital todas las funciones en el estado de salud; recibe la acción de las causas morbosas; se afecta primitivamente y altera más tarde la crásis de los humores, dando así nacimiento á los fenómenos patológicos; reacciona ó lucha despues contra la causa morbífica, desplegando la actividad necesaria para determinar la solución de las enfermedades; manifiesta siempre sus esfuerzos conservadores, y hace palpable la autocracia de la naturaleza, que trabaja sin descanso y con un orden admirable para espeler ó asimilar aquel agente dañoso que habia venido á turbar la marcha triunfal del organismo. Era pues el principio vital, segun los dogmáticos, la causa próxima de todos los actos orgánicos, el por qué de todos los fenómenos que se verifican en el hombre vivo; y esta idea general de que venimos ocupándonos es cabalmente el principio fundamental, la teoría de todas las verdades secundarias que constituyen su sistema. De ahí que los humores y propiedades elementales desempeñasen el subalterno papel de factores secundarios, siempre influenciados y modificados por el principio vital, base de su ciencia, porque lo era del sistema que la daba tal carácter.

No pensaban de tal manera los metódicos, pues profesaron principios que se hallan en abierta contradicción con los sustentados por los dogmáticos. Así que no admitieron la fuerza vital, y negaron los atri-

butos que se asignaban al principio abstracto llamado naturaleza; explicaron la vida por la agregación y el movimiento de los átomos, y la enfermedad por la constricción exagerada ó relajación escésiva de los poros; de modo que miraban las enfermedades como simples modificaciones de la materia, siendo los sólidos, según ellos, los que primitivamente se afectaban, al paso que daban á los líquidos una importancia muy secundaria.

Dedúcese naturalmente de la comparación que de los dos sistemas venimos practicando, que los dogmáticos eran esencialmente vitalistas, porque explicaban todos los fenómenos orgánicos por las leyes y el mecanismo de la fuerza vital, mientras que los metódicos deben ser considerados como materialistas, porque atribuían todos los actos biológicos no más que á las propiedades de la materia. Y esta reflexión, á que nos ha conducido todo lo anteriormente espuesto, viene á encerrar los principios generales, las proposiciones últimas y fundamentales, que eran la base de ambos sistemas. Ahora bien: como esos principios son diametralmente opuestos, como difieren radicalmente en su esencia, creemos poder manifestar que los sistemas dogmático y metódico, no solo no tienen puntos de semejanza que puedan apreciarse, sino que son realmente distintos y tan antitéticos como los sistemas filosóficos en que están basados.

Se ha querido señalar una semejanza entre los sistemas de que nos ocupamos, fundada en el principio terapéutico que les guiaba en su práctica, y que, como dejamos consignado, consistía en prescribir los

medios contrarios á la índole de cada uno de los padecimientos; pero si se considera que discordaban en el modo de comprender la naturaleza de las enfermedades, así como en las tendencias que suponían en estas, se nos revelará sin dificultad alguna que las indicaciones tenían que ser diferentes, porque lo eran los juicios en que debían fundarse. Por lo que respecta á la etiología de las enfermedades que con tanta preferencia era estudiada por dogmáticos y metódicos, vemos la confirmación del juicio que ya llevamos emitido: si es muy cierto que los partidarios de ambos sistemas consideraban entre las causas principales las circunstancias que rodean al hombre, no lo es menos que diferían en la manera de comprender ó interpretar los efectos que cada una de ellas podía producir en la economía viviente.

Voy á terminar mi tarea, Excmo. Sr. Al recorrer el largo y escabroso sendero de la historia de la Medicina, y parando mi consideración en una de sus más brillantes páginas, he intentado reseñar los principios de dos célebres sistemas médicos, que tan tenazmente se disputaron el campo de la ciencia en días muy distantes de los nuestros; en ellos hemos hallado el origen de grandes principios médicos, que tanta participación han tomado en la edificación del gigantesco monumento que hoy representa la ciencia del hombre. Comparando después esos principios, he creído poder contestar categóricamente á la pregunta de que ha sido objeto esta humilde disertación, habiendo dejado sentado que los sistemas dogmático y metódico son esencialmente diferentes, diametral-

mente opuestos, encontrando entre ellos tanta disidencia cuanta es la que se ha admitido siempre entre el vitalismo y el materialismo.

Yo bien quisiera haber presentado un trabajo digno de la benéfica y distinguida ciencia á que me dedico, y una honrosa imitacion de las sábias ideas y autorizadas palabras que he podido recoger en la ilustre facultad que tan benévolamente se dignó dirigirme en el difícil estudio de la ciencia del hombre. Con razon desconfío haber satisfecho objetos tan nobles; pero si á mi limitada inteligencia no le es dado alcanzar tales honores, considérense al menos mis grandes y constantes deseos, y sépase que mis aspiraciones no podrán alcanzar á más que á colocar un grano de arena en el majestuoso edificio de la ciencia.—HE DICHO.

Madrid 18 de Junio de 1860.

Manuel Iglesias y Diaz.



mente en el momento de su nacimiento, y en consecuencia, el nacimiento de un individuo es el resultado de un proceso que se desarrolla en el tiempo y que depende de las condiciones ambientales y de las características genéticas del individuo. Este proceso es el resultado de la interacción entre los factores genéticos y ambientales, y es el resultado de un proceso que se desarrolla en el tiempo y que depende de las condiciones ambientales y de las características genéticas del individuo.

Página

Libro de destino de 1887

